

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

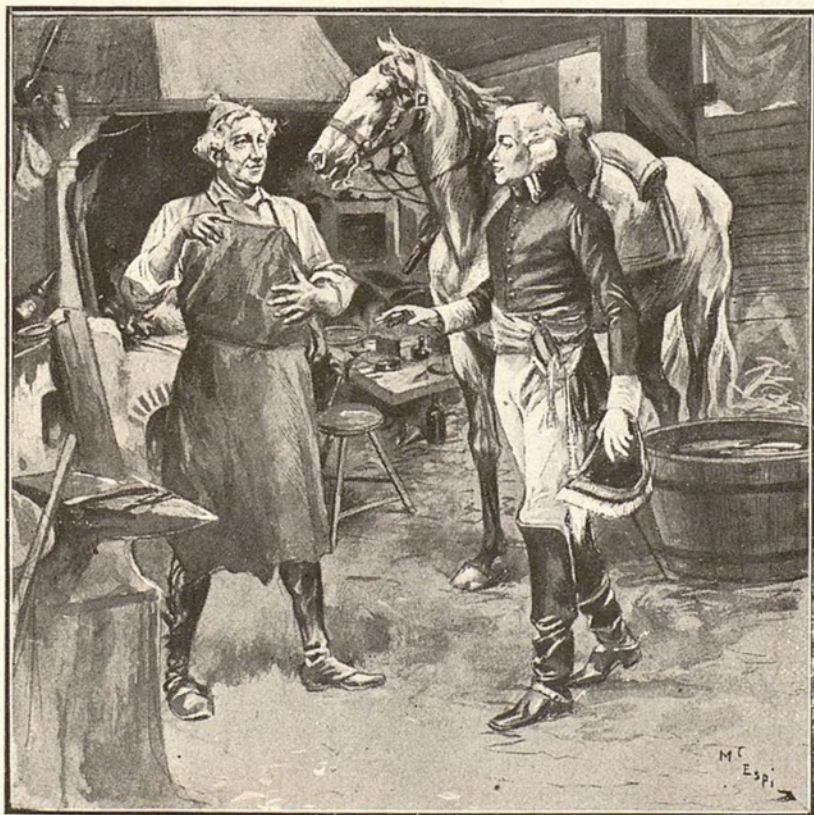


NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 6 DE JUNIO DE 1909

NÚMERO 75



## EL MARISCAL Y EL HERRERO

Hace pocos días estaban jugando en el Retiro Fernando y Rafael, que son dos niños muy simpáticos, y cada uno, en distinto género, muy guapos. Cansados de jugar al *foot-ball*, se sentaron en un banco, y charlando recayó la conversación en cuál de los dos era más ágil y

Ayuntamiento de Madrid

saltaba más. Discutieron un rato, y Rafael propuso á su hermano hacer la prueba. Primero saltaron por encima de un banco; luego se echó uno sobre él y saltó el otro, quedando los dos igualmente victoriosos, lo que no les satisfizo, y como prueba definitiva idearon sentar á un chiquitín, amigo suyo, y saltar por encima.

Afortunadamente, en aquel instante levantó la cabeza el preceptor, y comprendiendo la imprudencia del juego, llamó á los niños y les dijo:

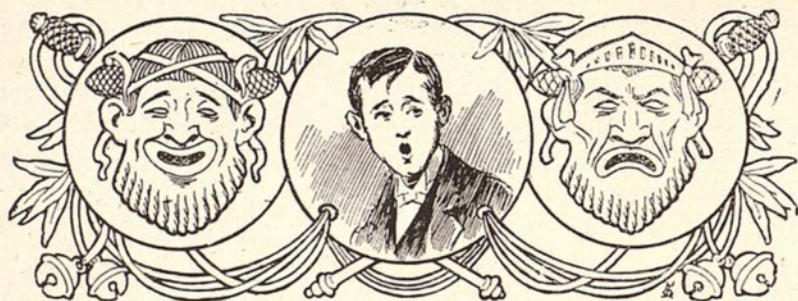
—Nunca hagáis alarde de vuestras facultades, porque puede, ó es casi seguro, que encontréis alguien que os supere. Escuchad lo que le sucedió al mariscal de Sasc: Tenía una fuerza colosal, y siempre que encontraba ocasión hacía alarde de ella. Un día, dando un largo paseo, perdió su caballo una herradura en medio del campo, y como no podía continuar en aquel estado, decidió acercarse á un pueblecillo inmediato para que se lo herrasen. Llegó á la plaza y vió á un hombre apoyado en el quicio de una puerta; era altísimo y fornido; tenía las mangas levantadas, dejando al descubierto sus brazos hercúleos. Se acercó á él y le preguntó por el herrero del pueblo. «Yo soy, señor», contestó él inclinándose respetuosamente. «Me alegro, he tenido suerte encontrándole tan pronto. Le ruego que me *calce* este pícaro animal que ha perdido un *zapato*, pero deseo que sea fuerte y bueno.» «Espero que quedará usted satisfecho con éste», dijo el buen hombre, presentándole una herradura. El mariscal la cogió, y con la facilidad con que cualquiera parte un bizcocho, la rompió en dos pedazos y la tiró al suelo, diciendo: «No me sirve, es muy endeble.» El herrero le dió otra y otra, hasta seis, y con todas hizo lo mismo; por fin, la séptima, que era de un grueso terrible, no cedió entre los dedos del mariscal. El herrero no se inmutó un momento; con una calma asombrosa veía caer las herraduras rotas, como si nada le importase. Herró el caballo despacio y bien, y al concluir tendió la mano en demanda del importe de su trabajo. El mariscal le entregó un ducado, y él, con mucha suavidad, lo partió por medio y lo tiró sobre las herraduras rotas. El famoso guerrero se sorprendió y le dió otro, que fué á unirse con el anterior. El mariscal, impaciente y de mal humor, le entregó otro ducado, que corrió la misma suerte. Ya no se pudo contener y exclamó: «Hombre, ¿qué está usted haciendo?» «Señor, probar que tengo tanta fuerza como usted y que si mis herraduras son endebles, vuestros ducados lo son también.» El mariscal de Sasc, que tenía un corazón muy noble, se quitó el sombrero, y estrechando la mano del herrero, dijo: «Gracias, muchas gracias, creí que había sido una suerte encontrarle;

pero ha sido mucho mayor de lo que yo pensaba. Me ha dado usted una lección que merece recompensa, y la tendrá.»

Al día siguiente recibió el pobre hombre la visita de un ayudante del mariscal, que le entregó el nombramiento de primer herrador de las caballerizas de su excelencia.

MARÍA DE PERALES.





## EL POBRECILLO ANTOLIN

(CONTINUACIÓN)

*(Salen los niños, y unos instantes después aparecen Isidora y Blas.)*

### ESCENA IX

ANTOLÍN, ISIDORA Y BLAS

- ISID. ¿Todavía? ¡Si será simple este chico! Todavía está dale que le das con la porcelana.
- BLAS. Mira, galán, no hagas el primo y deja ese paño y esos cacharros. Nos hace faltas, ¿sabes? Media vuelta á la derecha, ¡marchen! Te advierto que servidor es muy buena persona y no trata de hacerte ningún perjuicio.
- ANT. Voy en seguida: ya estoy concluyendo.
- ISID. Sí que eres posma, ángel mío. Ni en media hora acabas.
- ANT. No tengo prisa.
- BLAS. Pero nosotros, sí, ¡caracoles! La señora no tardará en volver con los chiquillos. ¿Quieres acabar pronto con la vajilla? Pues yo voy á ayudarte, verás. *(Da un empujón á Antolín, que deja caer la bandeja en que tema colocados una porción de platos.)*
- ANT. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué ha hecho usted? ¿Qué va á decir la señora?
- BLAS. Que diga misa si quiere. ¡Oí!
- va á decir, hombre, ni qué va á saber? No seas panoli y recoge esos pedazos y tíralos. ¿Crees tú que la señora se va á poner á contar los platos para ver los que faltan? ¡No se os ocurre nada!
- ANT. Tarde ó temprano lo sabrá.
- BLAS. Tarde, chiquillo, y cuanto más tarde, mejor.
- ANT. ¿Pero y si pregunta quién ha roto los platos?
- BLAS. ¡Nadie...! Que es quien rompe siempre las cosas que se rompen. Nadie. Y deja de estarte ahí contemplando los pedazos, porque con la vista no los vas á componer.
- ANT. Ya lo sé. En fin, yo le contaré todo á la señora cuando vuelva.
- ISID. Oye tú, niño zangolotino. Eso nos faltaba, que vayas tú con el soplo para que nos regañen.
- ANT. *(Barriendo los platos rotos.)* No les regañarán, porque yo no acusaré á nadie. ¡Sufriré yo solo el regaño!
- BLAS. Después de todo, tú has tenido la culpa, porque si hubieras tenido firme la bandeja cuando te empujé, no se habría caído. Anda, hombre anda, acaba de barrer y vente con nosotros.
- ANT. No, yo no.
- BLAS. Anda, que no te vendrá mal un

traquito de Málaga para el susto y un cacho de pastel para la debilidad. Nos obsequian la Paca y la Isidora

ANT. Puede venir la señora.

ISID. Si tardamos mucho, claro que vendrá. ¡Alza para la cocina! Oye, y nos vas á dar una botellita de vino blanco. Yo pongo el Málaga, la cocinera el pastel y á ti te toca el vino blanco...

ANT. No tengo dinero para comprarlo.

BLAS ¡Este chico parece medio tonto y engaña, porque es tonto del todo! ¿Quién te habla de que compres nada?

ISID. Tú tienes las llaves. Saca una de la despensa, ¡tontín!

ANT. ¡Pero ese no es mío!

ISID. (Haciéndole burla.) ¡Pero ese no es mío! ¡Qué idiota!

#### ESCENA X

DICHOS y PACA

PACA. ¡Sí que sois ligeros por el ole! ¿A qué esperáis? ¿A que vitelva la señora con los crios? Para que esos arrapiezos lo huelan, lo guipen y lo charlen todo?

ISID. Es este imbécil de Antolín que no nos quiere dar una botella de vino blanco. ¡Como el pobre es tonto de la cabeza...!

PACA. ¿Ah, sí? (Aparte á Isidora.) Este chico no me gusta. ¡No os fiéis de él! ¡Es un hipócrita muy grande! ¡Tengo yo mucho quinqué!

ISID. (Disimulando.) ¡Vaya! Se nos ha hecho tarde con tanto charlar. Cada cual á su obligación. ¡ea! (Aparte á la Paca y á Blas.) En mi cuarto está todo dispuesto. (Salen todos, menos Antolín.)

#### ESCENA XI

ANTOLÍN

No sé lo que me pasa, tengo miedo. Miedo de que me con-

la señora tiene confianza en ellos! Y van á acabar por odiarme. Yo debía... No, no. Ellos roban á los señores, ó por lo menos los engañan. ¿Qué debo yo hacer? ¿Dejarlos que roben? ¡No; eso no está bien! ¿Contárselo á la señorita? ¡Si no me querrá creer! ¡Me despedirá y ellos seguirán robando! Tengo que pedir consejo á D. Donato, mi padrino. El me ha educado desde que murió mi madre, me ha colocado aquí... ¡Sí, sí, él me aconsejará, él que es tan bueno y tan sabio!

#### ESCENA XII

ANTOLÍN, CA OLINA y TEODORO

ANT. (Al verlos entrar.) ¿Por dónde habéis entrado?

TEOD. Por la escalera interior, cuando salía el carbonero.

CAROL. No nos ha visto nadie entrar.

TEOD. Dime, Antolín, ¿por qué no te quiere Isidora?

ANT. No sé; quizá porque como no he servido nunca... soy algo torpe.

TEOD. No, Antolín, tú no eres torpe;

CAROL. No, no, Antolín, tú no eres torpe.

TEOD. Me he fijado, no creas. ¡Cuando estás solo haces muy bien las cosas, y cuando te ayudan los otros es cuando metes la patita!

CAROL. Sí, Antolín; yo también me he fijado.

ANT. Yo no me he fijado. Me parece que ya rompo menos que antes.

TEOD. Pues Isidora siempre está llevando á mamá cosas rotas por ti. Por eso te digo que Isidora no te quiere ni pizca.

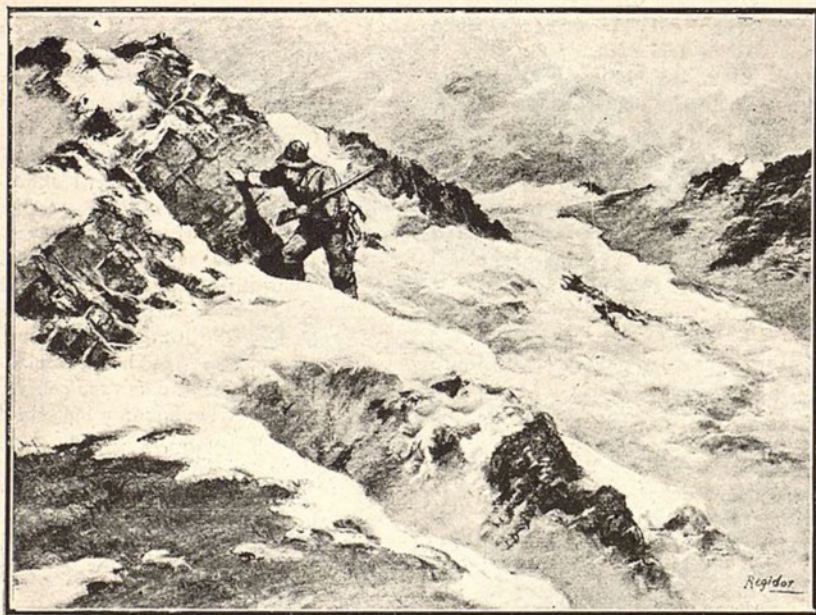
ANT. No sé...

CAROL. Teodoro, ¿no hueles?

TEOD. ¿A qué?

CAROL. ¡A café á café muy rico! Voy á ver dónde es.

(Continuará.)



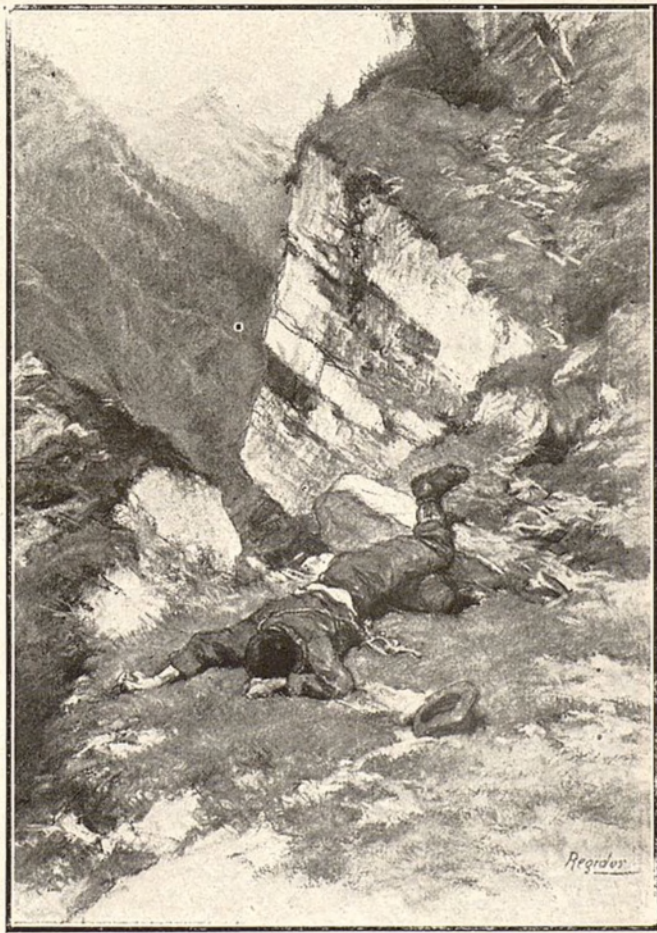
RELATOS DE CAZA

## EL TRIBUTO A LA MONTAÑA

Dos días llevaba ya Fritz andando por los altos vericuetos de una montaña alpina sin que hubiera tropezado con una gamuza, cuando al amanecer del día tercero vió seis que ascendían de los hondos valles, en donde sin duda habían estado pastando. Como se pararon á jugar en las crestas de unas escarpadas rocas, dispúsose Fritz á acercarse cuanto pudiera, y con este objeto se puso contra el viento, y avanzó sacando fuerzas de flaqueza, pues las penosas caminatas de los días anteriores le tenían rendido. Rodeando disformes peñascos, hundiéndose hasta los tobillos en la alfombra de nieve que cubría el suelo y exponiéndose á caer en las fauces de cien abismos, consiguió al fin ponerse á tiro de las descuidadas gamuzas. Disparó y tuvo la suerte de herir á la más gallarda de todas; pero con asombro vió Fritz que la desventurada, en vez de detenerse, echaba á correr por un lado, mientras sus compañeras desaparecían rápidamente entre los troncos de unos abetos.

Llegó el cazador adonde estuvieran, y viendo sobre la nieve huellas sangrientas, comenzó á seguir las, seguro de que le llevarían al sitio donde la gamuza se ocultara para morir. Efectivamente, no bien abandonó con mucho esfuerzo aquel circuito de rocas, y salió á terreno un

poco lleno, divisó á su víctima en lo alto de una peña; pero ni siquiera había pensado en disparar, cuando desapareció como si se la hubiera tragado la tierra. Al alcanzar Fritz aquella roca vió tras ella un hondísimo precipicio orillado por dos murallas de ingentes y verticales peñascos. En el fondo, que se perdía en la obscuridad, hervía con sordo mugir un torrente. Al principio pensó el cazador en la posibilidad de que la gamuza se hubiera lanzado al abismo; pero luego vió sus inconfundibles huellas en una estrecha escarpadura que, como un cinto, culebreaba en torno de las rocas. En seguida se aventuró por ella, y encajando los zapatos en las hendiduras y agarrándose á las plantas parásitas, avanzó resueltamente. De pronto lanzó un grito: al fondo veía á la gamuza inmóvil ante la lisa pared de peñascos que se erguía cortándole la retirada... Pero esto, que él creía la consecución de todos sus anhelos, se convirtió en



la causa de su perdición, porque la gamuza, viendo por todas partes inevitable la muerte, volvió sobre sus pasos, corrió loca de espanto hacia Fritz, y arremetiendo contra él, lo despeñó en el precipicio, en cuyo fondo yacerán para siempre sus restos...

José A. LUENGO.



BONAPARTE EN EGIPTO, CUADRO DE ORANGÉ

Cuentan los historiadores que Napoleón estuvo dominado por una gran tristeza durante la campaña de Egipto. Quizá se la produjo su curiosidad. Porque al descubrir los restos de una civilización extinguida, tal

vez pensara que también su poder se acabaría, como termina todo lo de este mundo. ¡Que no conviene volver los ojos al pasado cuando se aspira a conquistar el porvenir!



ART-FOT  
KAULAK  
ALCALÁ 4  
MADRID

## EL PRINCIPE DE ASTURIAS

Esta fotografía recientísima es verdaderamente interesante, porque en ella aparece S. A. en una actitud muy simpática.

Hallábase el Príncipe en casa del fotógrafo, cuando pasó por la calle un batallón. Y al oír la música S. A. hizo el saludo militar como le tiene enseñado su augusto padre.

Ayuntamiento de Madrid



## LAS BONDADES DE NINI

XXIX

Pues señor... Tengo muchísimas cosas que contar á mis amiguitas.  
¿Por qué cosa empezaré...?

Empezaré... por lo primero, y lo primero fué que estuve muchos días en la cama, con mucho dolor de frente; luego me pu e buena, ya no eché más sangre, y me quitaron la venda y me levanté. En cuanto me levanté me hicieron entrar en las clases... ¡Ah! se me olvidaba decir que, mientras estuve en la cama con la cabeza rota, fueron todos los días á verme mis papás y mis abuelos.

Eueno; quedamos en que entré en las clases y empecé á aprender cosas, ¡muchas cosas!, ¡y me daba un gusto! Aprendo á leer, ya me ando en el *Catón* y leo palabras largas y todo; además me enseñan también francés; además hago números en un encerado; además hago palotes, y todos los días me riñen porque me salen desiguales.

También aprendo á coser; jeso sí que me gusta...! ¡Anda! si ya se me olvidaba otra cosa. Que estuvo Piluca un día á verme, y me dijo:

—Nini, cuando me contó tu mamá lo que has hecho con el árbol, y el batacazo, y esa pobrecita niña Luz, casi, casi estuve por no volver á quererte nunca más, nunca más.

—Oye, oye—contesté,—¿pero es que tú también vas á gruñir? Pues tú de seguro habrás sido mala.

—Pero ya soy buena—contestó Piluca.

—Toma, toma; yo también lo seré cuando sea grandz como tú, y ya lo soy, no te creas, porque coger cerezas no es malo; lo malo es caerse del árbol y abrirse la cabeza.

Piluca se echó á reír.

—Ahora creo que trabajas y aprendes muchas cosas, ¿verdad, Niní?

—Sí, Piluca, sí; muchas cosas: tantas, que no me cogen en la cabeza, y la dije á la madre Rosario que me las entrase por la herida abriéndola otra vez, á ver si así me entran más pronto.

—¿Y qué te gusta aprender más?—dijo ella.

—Coser.

—A mí me gustaba mucho más guisar.

—¿Guisabas de veras?

—¡Ya lo creo!

—¿Me dirás cómo?

—Sí, otro día te lo explicaré; y guisaba bien, no creas; ahora ya hago dulces buenos y platos muy finos...

—¿Me enseñarás, Piluca?

—Con mucho gusto, Niní. Los días que salgas del colegio, si te lleva tu mamá á casa, te enseñaré á hacer cosas. Pero no creas tú, también coser es muy precioso; yo tengo muchas labores hechas por mí y me gusta mucho haberlas hecho.

—¿Y qué te parece que haga yo, Piluca?

—Pues... no sé...—contestó—Pide permiso á la madre Rosario para que te deje hacer ropita para la muñeca; es tan lindo vestir á una muñeca!

—¡Pero si yo no la tengo, Piluca!

—Pues verás, Niní. El primer día que venga á verte te regalaré una muñeca y te traeré ropita de la que yo he hecho á las mías para que te sirva de muestra y la hagas igual.

Piluca cumplió su promesa: me regaló una muñeca y me trajo muchas cosas de ropita para que yo aprenda, y ahora estoy cosiendo con mucho gusto y haciendo una porción de ropa, lo mismo que Piluca.

MARIA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO





FRESCOS EN UNA CASA DE POMPEYA

## LA PINTURA

A pesar de que Miguel Angel colocase la pintura en segundo término, es decir, detrás de la escultura, es lo cierto que, por derecho propio, ocupa el primer lugar entre las artes del dibujo, porque aun cuando las obras escultóricas son más precisas—en el sentido de que imitan con mayor aproximación la forma real—y más duraderas, en cambio no pueden nunca dar la impresión de vida que la pintura da, pues ésta cuenta, entre sus muchos medios, con el color y con la expresión de los sentimientos que animan al hombre.

Como la escultura, tuvo la pintura un origen arquitectónico, es decir, que se empleó al principio principalmente en adornar con colores vivos y brillantes las líneas y los planos de los edificios. Más tarde no se limitó ya á este papel tan secundario, sino que, mediante dibujos geométricos, rectas y curvas combinadas con mayor ó menor variedad, cortó la monotonía de las superficies grandes, de los lienzos de pared, haciendo grecas que los recuadrasen. Ya en posesión del dibujo, siquiera fuese tan primitivo, aspiró á más, quiso copiar la forma de los objetos que sobre la tierra había y trató de imitar la del hombre y los animales.

Todas estas fases se siguen paso á paso en los monumentos egipcios que se han conservado no obstante el transcurso de los siglos, y en ellos se ve que no conocían más que un procedimiento para pintar, consistente en aplicar el color directamente sobre la piedra, sin revestirla antes de ninguna preparación especial.

Sólo usaban los seis colores primitivos: el blanco, el negro, el azul, el rojo, el amarillo y el verde, y los empleaban en todo su valor, es decir, sin mezclarlos entre sí para formar medios tonos. Esos colores, que extraían de los minerales, eran de una solidez tan grande, que no están amortiguados hoy, á pesar de que se emplearon hace tres mil años ó quizá más.

También puede apreciarse en esos monumentos de la civilización egipcia que en los más antiguos no se trataba de una obra pictórica propiamente dicha, puesto que el contorno ó dibujo de las figuras estaba grabado en hueco en la piedra, de forma que se viera desde alguna distancia, y los colores se extendían en los espacios limitados por esos contornos; así que más bien lo que hacían era iluminar ó ilustrar con colores una especie de bajorrelieve. Más adelante se emancipó el pintor de ese procedimiento tan estrecho y limitado, pero no pudo despojarse al mismo tiempo de su influencia, como lo demuestra la rigidez, la sequedad de las figuras que eran simbólicas, es decir, que cuando representaban un rey, un guerrero, un sacerdote, un esclavo, etc., siempre aparecían con los mismos vestidos é iguales actitudes.

Así como se han conservado infinidad de obras egipcias, por donde se ha podido estudiar el modo y procedimiento que empleaban en la pintura, han desaparecido todas las que los griegos produjeron, y sólo puede deducirse lo que hicieron en este ramo del arte por lo que refieren los escritores de aquella civilización. Así Pimio alaba á tal artista, que fué el primero que pintó los pliegues que hacen los vestidos; elogia á cual otro que se arriesgó á que las figuras abriesen la boca enseñando los dientes, ó al que mediante la contracción de las facciones logró expresar la risa ó el llanto. Las primeras pinturas griegas fueron de un solo tono: negras sobre fondo rojo, ó viceversa. Más adelante emplearon los colores que los egipcios usaban, y con el sentido artístico que aquel pueblo tenía, dieron un formidable avance á la pintura é hicieron obras de empeño, puesto que Pausanías describe prolijamente las composiciones inmensas que hizo en Delfos representando la *Toma de Troya* y á *Ulises en los infiernos*, si bien es verdad que tenían cierto carácter simbólico, y así, bastaba pintar un árbol para que se comprendiera que allí había un bosque; dos casas equivalían á una ciudad; una columna era la representación de un templo; una nave suponía la existencia de una escuadra, etc.

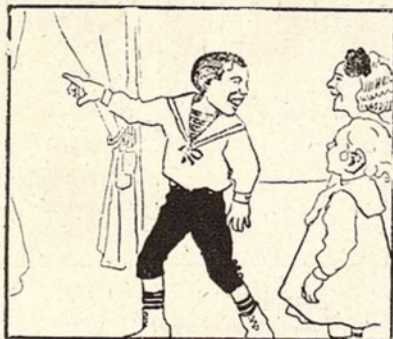
Plinio dice que otro artista, Polignoto, dió realce á las figuras, y ya en este camino continuó el progreso, inspirándose cada vez más los pintores en el natural, hasta tal punto, que llegaron á exagerar esta tendencia, convirtiendo el arte en una servil copia de la Naturaleza, según se demuestra con lo que Pausanías cuenta de Zeuxis, que pintó unas uvas que los pájaros venían á picar creyendo que eran verdaderas.

Tampoco los romanos, que copiaron los procedimientos griegos para la pintura, supieron hacerla progresar. Pocas obras pictóricas romanas han llegado hasta nuestros días, siendo las más importantes las que se encontraron en Pompeya y se conservan en el Museo de Nápoles.

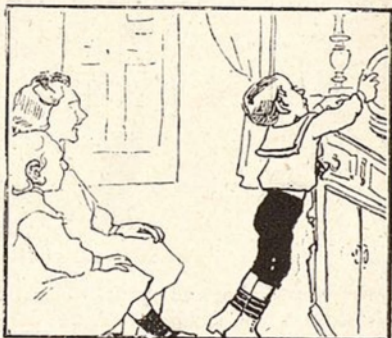
Tampoco los artistas del imperio bizantino hicieron cosa de valor para elevar la pintura al rango que le correspondía, y sólo supieron conservar lo que habían aprendido para transmitirlo más tarde á los que la llevaron á un grado superior de perfección.

JUAN ANTON.

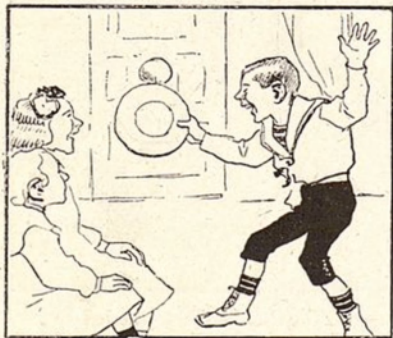
## EL EQUILIBRISTA



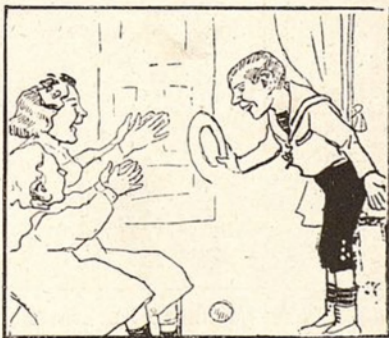
—¿Queréis verme hacer equilibrios?  
—Sí, sí.  
—Pues vamos al comedor.



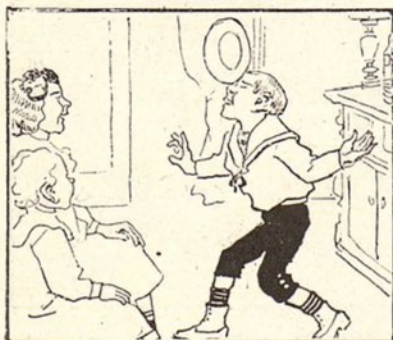
—¡Mira, Juanito, que eso es difícil!  
—¡Quia! Los hago mejor que el equilibrista que vimos en el circo.



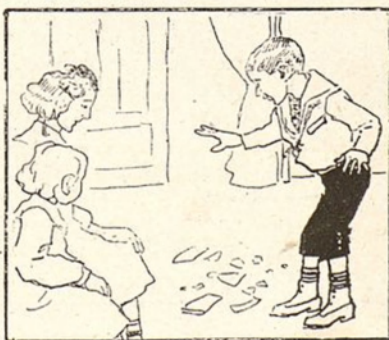
—¡Anda, anda, qué bien! ¿Y no se te caerá el panecillo?  
—Cuando lo tire se caerá.



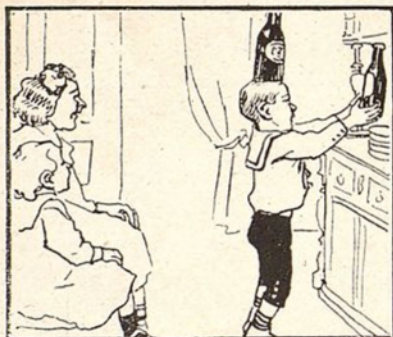
—¡Bravo, bravo!  
—¡La...!  
—¡Y saludas también divinamente!



—¡Eso sí que es difícil, Juanito!  
—¿Verdad que sí?  
—¡Cuidadito!



—¡Pataplum! ¡Se rompió!  
—¡Buena la has hecho!  
—¡Eso no tiene importancia!



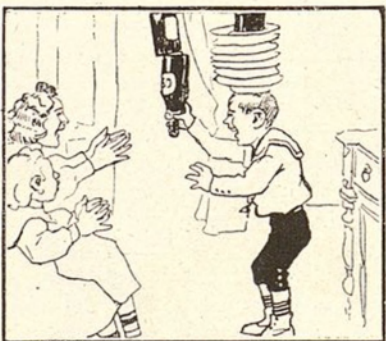
— ¡A ver si ahora rompes la botella!  
 — No... Y voy a coger otras dos para que sea más vistoso.



— ¡Qué bonito!  
 — ¡Ya os lo decía yo!  
 — ¡Superior, superior!



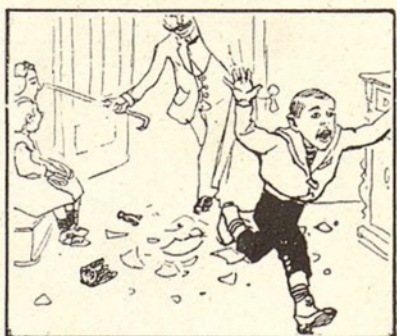
— Este es el equilibrio más sensacional. Las botellas y los platos.  
 — ¡Que no vas a poder!



— ¡Eh? ¿Puedo ó no puedo?  
 — ¡Bravísimo! ¡Eres un equilibrista de primera!



Lisonjeado por los aplausos de sus hermanos, Juanito perdió el equilibrio y, ¡adiós los platos y las botellas!



Al ruido acudió su papá, con un barril en la mano, dispuesto a equilibrarle las costillas